

Ricardo Montes Bernárdez

Vida cotidiana en las juderías de Mursiya y Lorca

Resumen: Se dan a conocer datos de la vida cotidiana en la ciudad de Murcia, en general y en la judería en particular, de la mano de un alfayate judío, Salomón Aluleig, en la segunda mitad del siglo XIV, de forma novelada. El mismo será protagonista del problema de las tierras fronterizas de Lorca, con intervención de los alfaqueques.

Palabras clave: Judíos, alfayate, alfaqueque, siglo XIV, frontera, inseguridad, Murcia, Lorca.

Abstract: Data of ordinary life in Murcia city, may be known, by the guide of Salomon Aluleig, a Jewish taylor man. This man travels to Lorca and he would be a witness of negotiating the release of prisoners in the second middle of 14th century, related in a novel way. He will be the main character in the problema of the border lands in Lorca, guided by the alfaqueques intervention.

Key words: Jewish, Taylor, The man who negotiates the release of prisoners. 14h Century, Border, Insecurity, Murcia, Lorca.

Día a día de un matrimonio de alfayates

David Aluleig es llamado por la familia Montagull para realizar la ropa de sus hijos y hacia su casa se dirige, en la zona cristiana, nuestro buen sastre, al comenzar la tarde, pese a los calores estivales. Todo es quietud en la ciudad, arrullada por el rumor de los insectos y el lejano chapoteo en las acequias de los chiquillos que no respetan la siesta y quiebran con sus juegos el silencio impuesto por el aire candente; un aire que a estas horas transforma cualquier impulso en indolente sopor.

La casa de Bernad de Montagull, que había pertenecido a un moro acaudalado de los que se trasladaron a la Arrixaca cuando la partición de la ciudad, se alza en las inmediaciones de la plaza de santa Catalina.

Al llegar al zaguán no necesita llamar porque ya le están aguardando. Bajo el parral del fondo la servidumbre ha dispuesto el acomodo, una sencilla mesa con encimera de azulejo y taburetes de madera.

Se respira quietud y frescor en este hermoso patio cuya alberca riega generosa frutales y plantas olorosas y aromáticas; un pequeño paraíso al gusto mudéjar conservado y disfrutado por cristianos desde que el rey don Alfonso X hiciese sus primeras reparticiones y otorgara heredamientos.

Mientras David Aluleig comenta las telas elegidas, Bernad -como buen anfitrión- ofrece un refresco de limón. Los pasos de una caballería junto al portalón trasero que da a las cuadras, interrumpen las palabras del sastre y hacen que todas las cabezas giren en esa dirección.

La esposa de Bernad hace acto de presencia anunciando la llegada del ayudante de David y se dirige a su encuentro mientras un criado se hace cargo de la mula del joven quien, al cabo de unos minutos, por fin, en el patio y tras saludar a los presentes, se disculpa breve y atolondrado por la tardanza mientras descarga con celeridad al jumento, al tiempo que todos observan la operación en silencio.

Este es roto por las chicharras y el rumor de la fuentequilla que abastecía la alberca. Como parecía prolongarse en exceso, David lo interrumpió dulcemente susurrando: por favor, Bernad, siga vuestra merced hablando, no se detenga, cuéntenos todo lo que le ocurrió en aquel viaje a la Corte, por orden del Concejo. Escucharle es como viajar y percibir sus experiencias es como si pudiésemos ver con sus ojos, a través de su recuerdo. En alguna ocasión ya le he oído contar alguna historia y es tal la fuerza que usted imprime al narrar sus vivencias que deja extáticos a los que saben escuchar.

El mandadero, alagado por estas palabras comenzó a hablar como si de un sabio y viajero experimentado se tratara.

Sabed, hijos míos que ningún tiempo pasado fue mejor, sencillamente el mundo y la vida eran hace unos años bien diferentes a como hoy podemos percibirla. Ahora lo veo todo con claridad, pero entonces, cuando viajaba por esos caminos de Dios, la cercanía de las vivencias impedía comprender su alcance y extraer de la experiencia la enseñanza del vivir.

¡Ay!, hijos, bienaventurado aquél capaz de escapar al engaño de la apariencia cuando se está en este mundo. Qué bueno sería tener consciencia en cada momento de nuestra existencia. Moncada, Pedro Cadafal, Fernando Oller y yo mismo nos ocupábamos de transmitir y llevar las noticias y órdenes de nuestra ciudad a la Corte.

Esto suponía viajar, continuó hablando Bernad de Montagull, permanecer lejos de la familia mucho tiempo. Y sobre todo correr graves riesgos, dada la inseguridad de los caminos, sobre todo los de nuestra tierra, asaeteada por los salteadores mudéjares de Lorquí. Todo mi ser se agita al pronunciar estos nombres y recordar las experiencias vividas.

Pero señor Montagull, ¿tan importante es viajar?, inquirió Jacomín, joven servidor de la familia a quien se permitía escuchar a prudente distancia. El asombro y un atisbo de indignación por su atrevimiento recorrió los semblantes de los presentes, pero el dueño de la casa, lejos de incomodarse, le respondió con naturalidad.

Tienes razón muchacho, el conocimiento de otras tierras y costumbres nos ayudan a abrir nuestra mente, nuestra comprensión del día a día. Ésta experiencia te hace quitar hierro a cuestiones espinosas, aceptar otros criterios y sobre todo ver la pequeñez del mundo en el que nos movemos.

Antes de salir de nuestra ciudad yo no prestaba atención a lo que tenía a mí alrededor. Andaba sin mirar, sin percibir el pasado ni el entorno. Siempre envuelto en mis pensamientos, estrechos de miras, aunque para mí eran lo más importante. Las experiencias que me brindaron mis viajes me hicieron ver, me quitaron las orejeras de burro que llevaba colocadas, sin darme cuenta. Pero esas experiencias son válidas sólo para mí, no son transmisibles, cada cual debe tener las suyas propias y aplicarlas a su vida.

La conversación, a partir de esta reflexión, se centró en algo más cercano, en la propia ciudad que, lentamente, iba sufriendo algunos cambios.

David Aluleig tomó la palabra entonces para al-

barla. Nuestra Mursiyya, la de antes y la de ahora es de una gran belleza. Aún están en pie hornos y baños musulmanes e incluso algunas de las casi veinte mezquitas, quizás algo numerosas para sus fieles pensarán vuestras mercedes, más consideren que el musulmán vive y piensa por y a través de su fe. Y qué les diré de sus calles, ahí siguen: angostas, tortuosas, umbrías..., que en esto si alabo el gusto de los nuevos gobernantes por ampliarlas en la medida de lo posible y eliminar así los problemas del tránsito que tanto entorpecen la vida ciudadana.

Por lo demás, un poco de anchura tampoco impedirá el sosiego del viandante. Posiblemente ciertos vecinos estén en desacuerdo, pues semejante medida ha afectado a muchas de sus propiedades y se les ha forzado a derribar algunas de las fachadas de sus casas, en el centro; en verdad que no se puede contentar a todos.

David, gran conocedor de la ciudad y su historia, en vista del interés de sus interlocutores, continuó hablando. Los cristianos, hasta hace cien años, residían en el arrabal de la Arrixaca, donde ahora viven los moros, extramuros. Estos se dedican a ganarse el sustento con los trabajos peor remunerados, cuyo oficio ha pasado de padres a hijos: aguadores, albañiles, zapateros, jornaleros, cordeleros y artesanos de la pleita, la marroquinería, el vidrio... Y, aunque labores dignas todas ellas, al fin y al cabo, están sujetas a un puesto servil y secundario en la sociedad.

En cambio, los cristianos, como vencedores, ocupan la ciudad intramuros y se reservan el gobierno y los mejores comercios y puestos. Qué lejos quedan aquellos años de lucha, como la que se fraguó en el año de nuestro Señor de 1266 y lo que cada quien puso para que hoy las cosas fueran como son. Aragoneses, castellanos, mudéjares, santiaguistas y sobre todo templarios, fueron los artífices; y tras ellos, personajes concretos como Jaime I, Alfonso X, Pedro de Queralt, Lope Sánchez, Jofré de Loaysa, Alfonso García de Villamayor o Aboamber Ibn Galib...

La charla sobre la vida continúa y ésta pronto se transforma en energía concentrada que se proyecta con enorme fuerza adoptando formas e imágenes vivas, plenas de color. Todos quieren hablar y siguen haciéndolo casi a un tiempo. Parece que han olvidado para qué están allí reunidos y las telas siguen esperando sobre la extensa mesa a que alguien se ocupe de ellas.

Querido David, ¿Dónde has conseguido tan magníficas telas?, comentó Bernad.

Recientemente, contestó, han abierto nuevas tiendas de paños un grupo de genoveses, que han

traído consigo nuevos textiles, de mejor calidad. Además, sus tintes verdes, violetas o bermejos son casi únicos y al estar exentos de impuestos ofertan unos precios magníficos. De hecho, una vara de paño de lana de la mejor calidad como el paño veintiuno, para ti, no cuesta ni sesenta maravedíes.

Como es para tus hijos he traído de una calidad intermedia, por sólo veintidós maravedíes la vara, de colores violetas y verdes oscuros, muy apropiados para ellos. Con el fin de coser sus trajes con adornos he comprado retales de tejidos de cáñamo, de Molina la Seca. Todo de la mejor calidad, no como los paños de Jumilla y Yecla, donde parece que no han aprendido todavía a tratar las telas.

Mientras toman las medidas a los niños, la esposa de Bernad les sirve unas berenjenas rellenas y unos huevos haminados, regados con vino blanco judaico, en honor a nuestro sastre, que se ve sorprendido por el detalle. Bien entrado en carnes, comenta socarrón: dame gordura y te daré hermosura, dando buena cuenta de las viandas.

Elegidas las telas y realizadas las medidas, David les muestra algunos modelos de acabados de camisas, calzas, sayas y garnacha y hopa. La nueva moda, con gran variedad de mangas, con botones y vestidos plegados, se están imponiendo hasta en las ropas de los niños y por tanto encareciendo el acabado final. Además, las camisas acaban siendo adornadas por vistosas labores moriscas. Y no podían faltar las calzas de lino, hechas en Cotillas, los ya famosos saragüelles.

Con el estómago lleno, tras una buena e intensa conversación, sastre y ayudante recogen el material, se despiden y regresan a su casa-taller, en la aljama judía.

Es jueves y, muy de mañana, Jemina sale de casa a comprar los alimentos frescos de la semana. Junto a casa tiene los puestos de fruta; son tantos y tan estrecha la plaza que el paso se hace difícil, organizándose algún desaguisado. Todos cantan sus mercancías, judíos, moros y cristianos, cada cual como Dios o Alá da a entender, eso sí, gritando, gesticulando, intentando atraer a la clientela. Pero este mercadillo lo deja atrás y se dirige hacia la Plaza del Mercado, al pie de la imponente muralla, en su exterior, saliendo por la puerta Nueva.

Hasta aquí han venido vendedores de verdura, carne, vasijas y hasta ropas de todos los puntos de la huerta y el campo del entorno de la ciudad. Mezclados con los carros, burros, asnos, formando un batiburrillo colorista y poco higiénico, deambulan todo tipo de gentes. Tres idiomas, tres culturas, tres maneras de vestir en un abigarrado conjunto de formas y colores.

Jemina, acostumbrada como está a este tipo de aglomeraciones, recorre los puestos, deteniéndose a saludar a alguna amiga o vecina, para hablar sobre las vivencias de la última semana o comentando el precio de lo que acaban de comprar. El griterío, el colorido, cruce de conversaciones, rebuznos o los niños corriendo forman en su conjunto una algarabía que apenas permite entenderse.

Con una mano sujetando la olla comprada para sus guisos y en la otra la bolsa con verduras, encamina sus pasos hacia casa. No se imagina el percance que le espera al entrar en su calle. De frente, huyendo del pequeño robo que acaban de cometer, ve venir a dos jovencitos, ya conocidos por sus gamberradas y desaguisados. Se trata de Abener, hijo del cirujano Mayr, y de Caparel. En su huida, sin respetar a los transeúntes, arrollan a Jemina, que ve como la compra aparece por los suelos y la olla se rompe en pedazos, quedando ella bastante magullada. No se dignaron los susodichos en mirar hacia atrás, continuando con su huida por las calles de la zona cristiana.

Conocida en la zona, es atendida por otras mujeres al tiempo que avisan a David, su marido, que acude presto al lugar, temiéndose que su mujer se hubiera roto algún hueso. No fue así, pero el enfado alteró su normal estado de hombre tranquilo y apacible.

Ya en casa y serenados los ánimos decide acudir a los representantes de la aljama, David Abendalel y Vidal Barçeloni. Ya estaban estos enterados de lo sucedido, no era la primera vez que Abener y Caparel sembraban la discordia o robaban en el barrio. Por ello habían tomado una decisión, acudir al concejo de la ciudad para que los expulsaran de Murcia y no les permitieran volver a pisar estas tierras.

Se reunió para ello a los cuarenta miembros del concejo de hombre buenos, con Bartolomé Tallante y Berenguer Pujalte como parte integrante destacada. Se citó a la reunión a cuatro hombres buenos de la aljama. La sentencia, aprobada por unanimidad, fue la del destierro de los susodichos, por espacio de cinco años.

Lorca, tierra de frontera

Las tierras de Lorca son frontera mortal con el reino de Granada. Por ello piden continuos refuerzos y armamento para hacer frente a las cabalgadas enemigas que roban, incendian y hacen cautivos a muchos pobladores, desde Caravaca hasta Águilas.

Pero no precisan siempre guerreros, en ocasiones la necesidad les hace contratar a los alfa-

queques, especialistas en redimir y comprar a los cautivos, y espías. La figura de ambos serán los judíos, que se mueven como pez en el agua, de aljama en aljama, a ambos lados de la frontera.

Un gran experto en éstas lides era el judío lorquino Haym, pero se hallaba preso en las cárceles de Murcia, desde 1406 y aún le quedaban otros cuatro años de condena.

Pero el concejo de Lorca precisaba de sus servicios y piden al de Murcia que colabore en su liberación, a cambio de prestar funciones de espía en Vera y Almería, para estar avisados de alguna razzia.

Desde Murcia contestan, en la Navidad de 1410 que están de acuerdo y que harán llegar al prisionero, acompañado de un judío murciano de confianza y dos hombres de armas designados por el adelantado.

La aljama de Murcia designará para tal fin a Salomón, pero este prefiere delegar la misión en su hijo, Yçag Aluleig, que acepta gustoso el encargo, pese a los peligros que siempre suponía acercarse a una frontera inestable como era la lorquina.

Haym es liberado el 7 de enero de 1411 y los cuatro hombres inician el largo camino hasta Lorca, por una ruta que, tras dejar Alcantarilla, pasaba por Librilla, Alhama y un arrabal de Aledo, tierras de la Orden de Santiago.

Durante el camino Haym, conocedor de la frontera de Lorca disfruta contándole al inexperto Yçag sus aventuras por aquellas tierras y sus personajes.

¿Sabes algo de la vida de Ha-Lorquí?, preguntó Haym a Yçag.

Poco es lo que sé, es un gran literato y médico judío, ¿no?

Si, pero lo peor es que Jehosua Ha-Lorquí, judío como nosotros, nos traicionó. Fue un verdadero blasfemador.

Mi padre, continuó Haym, lo conoció en Lorca, cuando eran jóvenes. Marchó a estudiar a la Universidad de Mallorca, para volver a Lorca, donde se casó y tuvo varios hijos.

Pero estas tierras se le quedaron pequeñas y marchó de aquí, para acabar de médico en Alcañiz. Allí se convirtió al cristianismo y desde entonces no hace sino atacarnos y fomentar el odio hacia los judíos, sus hermanos. Un blasfemador, repito.

Yçag, que no conocía estos detalles, quedó sorprendido, si bien apostilló que algo parecido había hecho Selemov Halevi, ahora obispo de Murcia, pese a tener cinco vástagos.

Llegaron, tras dos días de viaje a Venta y mesón del Moral, junto a la fuente de Entanna, lugar al que los moros llamaban Tutana.

Aquí se juntaban tropas y viajeros, siendo además una aduana que controlaba el paso de mercancías y ganado.

Moros y judíos compartían su explotación atendiendo además la putería, con mujeres venidas de Lorca, lo que provocaba no pocas disputas, por la escasez de las mismas frente a la demanda existente.

Hace años, comentó Haym, presencié aquí un problema causado por el alcaide de Aledo. Este no se quejaba de que hubiera mancebas, sino de que siempre eran las mismas, destrozando parte de las habitaciones antes de marcharse. Por menos a mí me encarcelaron y no me hubieran soltado sino precisaran mis servicios.

Tras una noche fría, intentando dormir liado en una manta, cerca de una hoguera, partieron al amanecer hacia Lorca. Eran sólo cuatro leguas y podrían llegar antes del anochecer.

Antes de ponerse el sol, desde la lejanía, ya percibieron la silueta del magnífico castillo, son su torre Alfonsina, sobre un cerro a cuyo pie se distribuían numerosas casas.

Hasta las murallas, con sus treinta y cinco torreones, llegaron los cuatro hombres, penetrando en la fortaleza, donde vivían los judíos. A la entrada podía leerse la siguiente inscripción: *Lorca de suelo agradable, de castillos encumbrados, espada contra malvados. Del Reino segura llave.*

Allí Haym fue recibido por Mayr Aben Hayon, Abraham Abeniazar y Jacob Abendaya. Ellos se ocuparían de entregar al famoso espía al concejo.

Los hombres de adelantado dieron concluida su misión y decidieron reiniciar la vuelta a Murcia.

Yçag, que no conocía estas tierras, decidió quedarse unas semanas para aprovechar el viaje, quedándose en la aljama.

Por la mañana acompañó a Mayr, Abraham y Jacob al concejo para entregar el prisionero al alcaide, Martín Fernández Piñero, al que los soldados conocían como brazo arremangado ya que, además de zurdo, blandía su lanza con el brazo desnudo.

Cuando llegaron, el concejo discutía acaloradamente sobre las defensas de la ciudad, por lo que fueron testigos de un hecho del que ya se hablaba en la judería.

No debemos gastar más dinero en el castillo, gritaba el borde del regidor Miguel Navarro. Son miles de maravedíes gastados por el concejo y esas murallas sólo protegen a los judíos.

Contestaba Pedro Gil de Briviesca, maestro de obras, aduciendo que la piedra había que traerla de Aledo y Caravaca, por ello se encarecía la obra.



Alfayate judío. Acuarela de Fulgencio Saura Mira.

Brazo arremangado, el capitán Piñero, puso fin a la discusión.

¡Navarro!, gritó, ¡cómo es posible que no defiendas el castillo! Sin él estamos vendidos ante los ataques moros, además, es símbolo de nuestra ciudad. Si no estás conforme abandona el concejo y marcha de éstas tierras. No hay discusión, sólo piensas en tu interés personal.

Esta intervención dejó cerrado el tema y todos abandonaron la sala. Martín Fernández Piñero, al notar la presencia de los representantes de la aljama, nos hizo una señal para acercarnos.

Así que éste es Haym, el famoso espía, espetó con su voz enérgica y segura. Va siendo hora de que te ganes la libertad de la que ahora disfrutas.

Un alfaquí que vive en Vera, Pascual Poix, ha hecho llegar una misiva a nuestro espía, Jaime Blasco, en la que comunica que moros se están preparando para atacarnos, tu misión será comprobar esos datos, prepárate y mañana mismo sal para las tierras de moros.

Así terminó la reunión y todos volvieron al castillo, a la aljama. Una vez instalados Haym preguntó a Mayr quien le financiaría en sus viajes y pesquisas.

Eso, dijo Mayr, nos corresponde a los judíos, es una de nuestras aportaciones a ésta guerra. Nuestros recaudadores, Yahuda Abenpica y Efrain Abenniazar ya han preparado para ti una buena bolsa de maravedíes.

¿Y qué excusa me llevará a tierras moras?, preguntó a Mayr.

Irás hacia la Fuente de la Higuera, allí te estará esperando Samuel Aben. Con él te dirigirás a la Culebrilla y Vera, a comprar la libertad de los prisioneros de la última cabalgada. Esto te servirá para estudiar la situación de la concentración de tropas.

¿Todo el pago lo haré con este dinero?, ¿parece poco?, dijo Haym.

No, continuó Mayr, llevaras varias mulas con panes, toronjas, cebada y diez arrobas de vino.

Terminadas las aclaraciones, se retiraron a descansar.

Haym salió de la fortaleza, por la Puerta del Refugio, a la ladera de Morviedro, donde vivía su familia, a la que no había visto en cinco años, mientras que Yçag se instalaba en la casa del propio Mayr.

Ha amanecido, es jueves, día de mercado y la ciudad bulle, se instalan los puestos y las gentes de los alrededores acuden en masa a vender sus productos y comprar los necesarios para su mantenimiento semanal.

La placeta de santa María se llena de tenderos. Yahuda, Samuel, Yañez, García, Ali..., judíos, cristianos y moros en bulliciosa y sonora reunión, gritando sobre la calidad de sus productos, únicos en todo el contorno.

Piedras azules de la suerte, manojos de regaliz, dulces, hortalizas, vinos diversos, tinajas, ollas, panes, cereales. Y entre el griterío el sonido de añafles, dulzainas y atabales.

Pero la comidilla del mercado, más que los productos, eran los hechos, juzgados por el concejo, del ciego Juan Navarro Alcatete, unos días antes.

Juan Navarro, pese a su ceguera y tener ya setenta años cumplidos, había convencido a su vecino Pérez para poder casarse con su hija Catalina. Dada la pobreza del susodicho y la buena posición de Navarro, accedió a su petición.

El matrimonio se celebraba por todo lo alto y la noche de bodas fue todo un descubrimiento para Catalina. Tal fue así que hizo participes a sus hermanas Juana y Luisa de las dotes y atributos de su marido, que más parecía un buey que un hombre.

Ni cortas, ni perezosas, las dos hermanas solteras pidieron a Catalina una parte del manjar y

organizaron una estrategia para que el ciego las montara, cual caballo embravecido.

Dicho y hecho, sólo que los encuentros se realizaron tantas veces que acabaron viviendo juntos, ante el escándalo o envidia de los vecinos.

Al cabo, era denunciado ante el concejo, que citó al susodicho Navarro, obligándole a mostrar sus dones. Juan Navarro, no corto, ni perezoso no tuvo inconveniente en desatarse el sayo, levantarlo, quitarse el calzón y bajarse las calzas.

Tras mostrar sus bondades, entre gritos, risotadas, obscenidades, improperios y exclamaciones el alcaide dio por terminado el espectáculo, decidiéndose como incapaz para juzgar el caso, enviando a todos los presentes a sus casas.

Yçag no podía creer la historia, pero hubo incluso quien se ofreció a llevarle a la casa de Navarro, muy cerca de la botica de la putería, allí donde se refocilaban moros, cristianos y judíos, juntos, sin las cortapisas de leyes. La frontera es la frontera y todo, o casi todo, está permitido.

Uno de los días que Yçag paseaba por el exterior de la muralla, acompañado de Mayr, vio a un extraño personaje, con una capa de paño con la que se cubría la cabeza e incluso parte de la cara.

Yçag, creyendo ver en él a un espía intentó acercarse, momento en el que Mayr le gritaba, ¡No, no te acerques!, ¡ni lo toques!

¿Qué ocurre inquirió Yçag?

Es un gafe, contestó Mayr. Está tocado de gafe.

Pero, ¿qué es eso? Siguió preguntando Yçag, mientras bebía un poco de agua en el caño de La Fuensanta.

Mayr no podía creer que su interlocutor no supiese que era ser gafe, por lo que continuó con la explicación. Es la dolencia de san Lázaro, se le cae la carne.

Había oído hablar de ella, pero nunca vi a nadie con dicha enfermedad, concluyó Yçag, al tiempo que bajaban la cuesta, camino de la zona cristiana de Lorca.

Ya en las calles cercanas al concejo, vieron a numerosos ballesteros y lanceros, siguiendo la estela de Pero Rui Dávalos. También le acompañaban doscientos peones y hombres a caballo.

¿Qué ocurre?, preguntó Mayr a uno de los hombres de a pie.

Vamos a rescatar a una cristiana cautiva en Vera. Bueno, no sé si es cautiva o está allí por voluntad propia.

Las tropas acudían, cuando no se trataba de una compra, a hacer entrega o intercambio de prisioneros a la Ayna Cixara, la Fuente de la Hi-

guera y hacía allí se dirigía toda la tropa, tras citarse con el ejército moro.

Mayr, espetó Yçag. ¿Por qué no vamos con ellos y presenciamos el hecho? Para mí sería una experiencia única. Adentrémonos en tierra enemiga, custodiados.

Bueno, contestó Mayr, volvamos a casa, a por unas caballerías y los seguiremos, son cuatro leguas a recorrer y no es cuestión de ir andando, no somos soldados.

Tras varias horas de viaje, ambos ejércitos se encontraban, situándose cada uno en una margen de la rambla por la que discurría el agua de la Fuente de la Higuera. El espectáculo era indescriptible.

Ante ellos fue llevada la cristiana, Inés de las Huertas, que en su día había sido secuestrada de un caserío cercano a Lorca, por el moro Abenzada.

Presentes estaban los padres de Inés, que habían conseguido que el concejo se implicara y movilizara a las tropas.

Llegado a éste punto, la tal Inés fue conducida a la Fuente y una vez allí se le preguntó públicamente si quería volver con sus padres. Pero ante la sorpresa de todos dijo haberse casado con su secuestrador y tornado mora, con el nombre de Zoraida Alorquí, por ello deseaba seguir viviendo en Vera.

Traicionaba así a su familia, costumbres y religión, dejando sin consuelo a sus allegados, especialmente a su madre, que no entendía el cambio de su hija, a la que había educado, criado y orientado de forma diferente. Y ahora se quedaba con un guerrero enemigo, el mismo que acabará repudiándola pasado el tiempo, pensó la madre.

Ante ésta situación nadie replicó, las tropas abandonaron el lugar, retornando cada una a sus propias murallas.

Sólo los desconsolados padres quedaron en la Fuente, viendo como su hija se alejaba definitivamente. Su corazón estaba partido, sin posibilidad de consuelo.

Pasados los días Yçag decidió volver a Murcia, con sus padres. Las experiencias en Lorca habían sido intensas. Su marcha coincidía con la llegada de un tal Vicente Ferrer que, procedente de Murcia, fustigaba a los cristianos por su dejadez en la moral y contra los judíos, en las laderas del castillo.

Pero aquel individuo predicaba en una mezcla de lenguas, con palabras en árabe, francés, castellano..., inentendibles, por lo que en Lorca no parece que se le hiciera mucho caso.

Desconocía Yçag lo acontecido en Murcia, durante su ausencia. El destino le preparaba una terrible sorpresa.